

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

BOSQUES, MONTAÑAS Y CAZADORES. INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN PATAGONIA MERIDIONAL. Luis Alberto Borrero y Karen Borrazzo, Compiladores. CONICET-IMHICIHU. 15,5 x 22,5 cms. 240 págs. Buenos Aires, 2011.

En primer lugar, el libro presenta un enfoque regional donde integra información arqueológica, ecológica y paleoambiental en un área con interesantes contrastes, reflejando principalmente la diversidad en las manifestaciones humanas materiales. Posee una base teórica consistente, contribuciones metodológicas adecuadas a los problemas investigados, una sólida construcción de los datos y una base empírica que demuestra el esfuerzo involucrado de muchos investigadores. Éstos, además provienen de distintos equipos de investigación que comparten una singular área de estudio. Adicionalmente, la obra nos permite excelentes ejemplos de distintas escalas espaciales: amplias, medias y reducidas. El libro, en su globalidad, y los capítulos que lo componen, permiten al lector transitar mentalmente a través de una región fantástica, llena de contrastes, con un registro arqueológico desigualmente distribuido, con problemas de investigación interesantes y donde la historia natural y humana se funden en una sola.

En estas breves líneas que dedico *Bosques, montañas y cazadores...* hago un repaso selectivo sobre aspectos que llamaron especialmente mi atención mientras leía cada una de las contribuciones

que componen el libro. En el primer capítulo, Borrero & Borrazzo, son justos en jerarquizar las barreras y limitaciones materiales que pudieron condicionar a los humanos al oeste de Patagonia Meridional. Permanentemente, ilustran el rol de éstas con ejemplos fuera del área de estudio, para luego volver a ella; lo que sin dudas provee un marco comparativo adecuado que permite al lector ponderar la extensión y efectos de fenómenos naturales como el vulcanismo o terremotos para los grupos humanos. Destacable es la aproximación y discusión de los bosques, donde por medio del uso de información de cronistas y exploradores, los autores nos permiten formarnos imágenes de cómo las poblaciones humanas de Patagonia hicieron uso de este bioma.

Los sitios arqueológicos son en sí mismos reservorios de archivos ambientales, muchas veces con rica información cronológica y, sin embargo, no es frecuente su aprovechamiento. Mancini, Bamonte & Sottile presentan un trabajo que rescata la información ambiental en los contextos arqueológicos que contienen polen. Los autores son justos en establecer las restricciones tafonómicas en la formación de estos conjuntos (i.e. orientación de los vientos, componentes del depósito, tasas de sedimentación) y sin dudas, es necesario continuar explorando qué condiciona la presencia del polen caso a caso. Destaco dos otros puntos del trabajo. En primer lugar, la necesaria complementación con registros análogos de mayor resolución (p.e. fondos de lagunas con tasas de sedimentación permanentes) y en segundo lugar,

* Sección destinada a informar y comentar únicamente obras relacionadas con la Patagonia, Tierra del Fuego y regiones adyacentes

la exploración de escalas analíticas, pues los autores comentan apropiadamente que algunos de los cambios observados pueden estar reflejando variabilidad a una escala local y no necesariamente cambios regionales en los patrones de vegetación.

Pardiñas, Teta, Formoso & Barberena en su capítulo apuntan hacia empezar a llenar un vacío en el conocimiento a nivel de la región: estudiar sistemáticamente los restos de roedores de los contextos arqueológicos. Para muchos lectores de *Magallania* resultará familiar la observación que los autores realizan sobre los conjuntos de fauna de Orejas de Burro 1; donde si bien el taxa de mayor representación son los roedores, los estudios han privilegiado la fauna mayor. Este trabajo aborda una discusión paleoecológica que pone sobre relieve el rol indicador de los roedores. Tres especies, además de las ocho reconocidas actualmente, se observan para el intervalo entre 1700 a 500 años AP. Este resultado ayuda a comprender que los ecosistemas son más complejos y que las asociaciones actuales no son sino cortes en la evolución de los ambientes. Al igual que en el caso de Mancini *et al.*, las distribuciones esquemáticas, en este caso de los roedores y en el otro de la vegetación, son muy ilustrativas para el lector no familiarizado con algunos de estos parajes.

Los estudios de *Rhizocarpon* presentados por Garibotti, Borrazo & Borrero son singularmente el aporte más novedoso de esta obra. Los autores calibran observaciones contextuales y mediciones de ejemplares de este líquen con el propósito de estimar edades de exposición de las superficies de rocas. A través de la selección de especímenes óptimos del género, se produce una curva preliminar que muestra el crecimiento y estancamiento a lo largo del eje temporal. Las potencialidades de este trabajo son enormes y sin dudas no cesaremos de escuchar noticias de ello. Es reconocible la dificultad para registrar ejemplos óptimos que permitan realizar las mediciones. Los autores adicionalmente sugieren formas cómo continuar graduando el método, lo que alude a directamente a producir datos comparativos en latitudes y bajo regímenes de precipitación diferentes.

Martin, San Román & Morello en su capítulo despliegan las expectativas de una investigación esencialmente tafonómica que busca responder preguntas humanas. ¿Cuál es el rol de áreas con alta predictibilidad para la identificación de presas dejadas sin consumo integral por felinos ubicados en el tope de la cadena trófica del Pleistoceno final? Estudian en un *hot spot* de la

arqueología de Patagonia meridional, ya que los hallazgos en las cuevas de Última Esperanza se iniciaron desde antes de la arqueología científica. El trabajo presentado apunta a dilucidar temas clave de los escenarios previos a la entrada de los humanos y durante su presencia inicial. Abordan tres de los sitios de esta área, cuyos problemas de investigación si bien son diferentes; convergen en la generación de un modelo de escala espacial y temporal explícita; donde los humanos, felinos y el ambiente son actores vinculados unos a otros. Las alternativas metodológicas presentadas por los autores son muy variadas y son un ejemplo de cómo obtener el máximo de provecho: buscando reevaluar colecciones, re-excavar depósitos con y sin presencia humana e intervenir nuevas localidades.

El trabajo de tafonomía lítica que nos presenta Borrazo es un ejemplo de sistematicidad. Demuestra cómo ser constante y evaluar un contexto paso a paso a través de los años. Corresponde a un programa experimental bien pensado que sin dudas constituye un material útil para arqueólogos y estudiantes en formación. En cuanto a los datos que presenta sólo pueden caracterizarse como de máxima provecho. Enfocarse en la estabilidad y daño sobre las piezas nos recuerda que aún en condiciones de relativa poca influencia de agentes modificadores, estos siempre están presentes y que el carácter de las asociaciones de los contextos –al igual que lo plantado por Martin *et al.*– debe ser cuidadosamente estudiados; sin asumir relaciones espaciales y funcionales *a priori*. Sin ir más lejos, el registro arqueológico es un fenómeno contemporáneo y como tal debemos abordarlo como asociaciones observadas en la actualidad por los arqueólogos.

Franco, Cirigliano & Ambrústolo realizan un trabajo muy interesante de comparación a nivel de distintas escalas explícitas y considerando conjuntos materiales variados. El objetivo es buscar formas cómo hacer que distintas manifestaciones formales permitan vincular poblaciones buscando superar el uso de formalismos tradicionales. Por ejemplo, su reflexión con los núcleos y sus formas de talla van más allá de describir aspectos formales y se orientan a desentrañar las decisiones humanas enraizadas a los procesos de comunicación entre los individuos. Sería interesantísimo seguir explorando el problema de las continuidades y discontinuidades en el tiempo y espacio, robusteciendo los elementos de comparación, para un abordaje desde más ángulos.

El trabajo presentado por Charlin, Borrero & Pallo, hace mucho sentido a todos los que alguna vez nos hemos visto enfrentados al estudio sistemático de áreas con baja a nula señal humana. Representa una forma necesaria de explorar en el registro arqueológico, no con el fin de descartar dichos espacios, sino para formular modelos regionales realistas que incorporen la evaluación de la jerarquización de los mismos. En otra instancia, fue el mismo L. Borrero quien planteó que probablemente estas zonas “vacías” son quizás más frecuentes de los que los arqueólogos hemos hecho explícito y que probablemente nuestra propia formación profesional nos ha llevado a sub-explorarlas. Esto hace mucho sentido en Patagonia y especialmente en sus bosques occidentales.

Otro singular vacío que aborda este libro es tratar la producción, uso y descarte de las bolas líticas. Torres & Morello estudian quizás uno de los conjuntos de bolas líticas más reconocidos en la literatura de Patagonia, como es Laguna Thomas Gould. Presentan una consistente cantidad de datos y caracterizan el conjunto a través de tipos, basados no sólo en afinidades morfológicas, sino en características de la selección de las matrices, elecciones estilísticas y atributos técnicos y métricos. Destaco que este trabajo aborda el reconocimiento de cadenas operativas diferentes involucradas en la gestión global de un instrumento, que si bien muchos arqueólogos reconocen, la mayor de las veces es referido solamente de forma tangencial.

El libro *Bosques, montañas y cazadores* se presenta como un valioso ejemplo hacia donde debe apuntar la construcción de una arqueología regional por pasos; sumándose sobre los logros de un programa en construcción. Se incorpora como un título más a la biblioteca de volúmenes coeditados por Luis Borrero en años anteriores¹; los que no quiero dejar de mencionar, pues han enriquecido notablemente la arqueología de Patagonia; ya que depositados en ellos se encuentra un inmenso cúmulo de información original, obtenida con metodologías pensadas para resolver problemas de investigación y permanentemente innovando las formas de ver el registro arqueológico.

César Méndez

PUNTA ARENAS SIGLO XX. Por Mateo Martinic Beros. Edición de GEOPARK. 16 x 24 cms. 335 págs. Ilustraciones y mapas. Punta Arenas, 2013.

Mateo Martinic, magallánico, miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Historia, Premio Nacional de Historia (2000) y Premio Bicentenario (2006), cuenta, como es sabido, con una vasta producción historiográfica sobre su austral región. Ahora nos ofrece este libro que viene a completar el que publicara antes con el título *Punta Arenas en su primer medio siglo, 1848-1898* (1988).

Es difícil hallar en la Historia Regional de Chile una bibliografía más abundante que la referida a Punta Arenas y la región magallánica, y un autor más prolífico que Mateo Martinic. Este distinguido historiador ha dedicado su vida a estudiar el material archivístico en los distintos repositorios nacionales y extranjeros, además de mapas, planos y fotografías que le han permitido dar a luz obras como *Historia de la Región Magallánica* (1992), *Cartografía Magallánica* (1999), y más de 600 títulos de libros y artículos que le han valido el reconocimiento en sendos premios del más alto galardón.

Punta Arenas es su “querencia”; nunca puede dejar de pensar en ella, como se aprecia en este libro centrado en una etapa de su historia, vivida en parte por el autor desde los años treinta. Es una mirada reposada, como quien contempla el paisaje desde lo alto de la colina para descubrir las formas y colores de su “morada vital”. Su escritura es llana, sensible, amena, sin la avidez de los trabajos sometidos al solo imperio de los documentos. Tampoco abusa de los recovecos interpretativos que suelen alejarse de la realidad, y alejar también al lector no especialista de los temas históricos. En este libro la pluma corre ágil, y en ciertos capítulos las imágenes brotan y los colores asoman estimulando agradablemente la lectura.

De una pequeña ciudad donde todos se conocían se pasó aceleradamente a una ciudad grande y progresivamente compleja, en un proceso marcado por el esfuerzo de sus habitantes y la mirada distante del gobierno central. Martinic hace

¹ Borrero, L.A. 1998. *Arqueología de Patagonia meridional* [Proyecto “Magallania”]. Búsqueda de Ayllu, Concepción del Uruguay.
Borrero, L.A. y R. Barberena 2004. *Temas de arqueología. Arqueología del norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego*. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires.

Borrero, L.A. y J. Charlin 2010. *Arqueología de Pali Aike y Cabo Vírgenes*. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires.
Borrero, L.A. y N. Franco 2008. *Arqueología del extremo Sur del continente americano. Resultados de nuevos proyectos*. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires. Entre otros.

gala de su competencia para trazar el cuadro de la evolución de la planta urbana, de los cambios demográficos y del tránsito que experimenta la sociedad vecinal. Utiliza fuentes primarias y tiene a la vista también sus numerosos trabajos ya publicados.

Se decidió por el tratamiento ecléctico. A los datos históricos de rigurosa precisión, añade lo que recoge la tradición y acude a los recuerdos personales de lo que le ha tocado vivir y presenciar. No omite aventurar algunas reflexiones para comprender en su integridad el fenómeno urbano, sin olvidar los matices propios de la singularidad de Punta Arenas en el contexto de las ciudades chilenas.

Son catorce capítulos que abarcan desde el tema urbano (cap. I al V), con 114 páginas de gran interés por el cúmulo de información que ofrece en aspectos como “la arquitectura según los tiempos” o “Los adelantos urbanos”, subrayando la influencia que tuvieron las colectividades extranjeras en la fisonomía urbanística y los avances en comodidad de la vida cotidiana con la llegada del progreso tecnológico vigente en Europa y Estados Unidos, cuando otras ciudades chilenas aun vivían “un oprobioso atraso”, al decir del autor.

Cuando trata la evolución de la sociedad vecinal (pp. 115-138) Martinic se refiere al poblamiento de los distintos sectores urbanos. El tema es analizado desde la Demografía y composición social, pero también calidad de vida y sociabilidad, los tonos de la existencia, el modo de ser puntarenense e identidad regional. Este último tema salta a la vista no solo aquí sino que recorre todo el libro. La fuerza que llegó a tener el sentimiento regional a principios de siglo, aumentado por la activa presencia del Partido Regionalista, pero también como respuesta a la indiferencia de los gobiernos. Sin embargo, Martinic deja claro y fundamenta que sentimiento regional e identidad regional no se opusieron nunca a la chilenidad. Por el contrario, ésta se mantuvo siempre en aquellos confines, a la par que el Estado comenzó a hacer esfuerzos más sostenidos por la integración de Magallanes a los destinos del país en los años treinta.

Entre los capítulos llamativos por su importancia en el desarrollo de Punta Arenas está “La Economía Urbana” (pp. 139-160). Comparecen los empresarios de mucha o poca monta, comerciantes cuyos apellidos testimonian que son los extranjeros los protagonistas principales de principios de siglo, y los nombres

de sus negocios recuerdan, a menudos, sus lugares de origen en la vieja Europa. No están ausentes las descripciones de las más concurridas tiendas de los años veinte y treinta, posiblemente equivalentes a las de Valdivia por la misma época. Gracias a las fotografías tomadas por Carlos Foresti, en 1920, podemos conocer la distribución de sus estanterías para al exhibición de la variedad de artículos de procedencia extranjera, separados por secciones. Hoy nos parecen sorprendentemente modernas, como lo era la Casa Inglesa, de L. L. Jacobs, la tienda de Braun y Blanchard, y cierto modo también la Casa Gilli y otras menores. En todas ellas, subraya Martinic, se reconocía *la afabilidad, la paciencia y el buen trato característico de la escuela europea realizado por gente que muchas veces hizo de tal actividad el empleo de una digna vida laboral.*

La economía urbana tuvo su punto de quiebre en los años cuarenta, cuando a causa de la guerra mundial se puso fin a las importaciones. Después se muda el estilo, surge nueva publicidad y se inaugura una época de tonos distintos, como los años cincuenta y sesenta, que se prolonga hasta el presente.

No menos importante resulta conocer la época de ciudad portuaria y vida asociada a la actividad marítimo-mercantil, que alcanzó su punto más alto en 1913 con el impresionante número de 1.539 barcos de todas las procedencias. Entonces, Punta Arenas era un puerto complejo con una infraestructura de muelles, pontones-depositos, almacenes navales, maestranzas, astilleros, en fin, oficios ligados al mar, y un comercio que por entonces se distribuía en las calles inmediatas a puerto. Estas páginas (161-174) reflejan muy bien lo que era Punta Arenas antes y después de la construcción del gran muelle mixto de 1929, cuando el declive marítimo era ya evidente luego de la apertura del canal de Panamá, que afectó también a Valparaíso y otros puertos chilenos. Martinic publicó antes otro trabajo monográfico sobre el período de mayor protagonismo empresarial del tráfico marítimo: “Armadores de Punta Arenas entre 1870 y 1930: expresión de pujanza empresarial y la chilenidad en los mares australes” (*Revista de Marina*, N° 2, 1995). El tránsito de ciudad-puerto a ciudad progresivamente más ligada a su *hinterland* es un aspecto que revela la funcionalidad de una ciudad preparada para responder a las circunstancias.

La irrupción de los vehículos motorizados (pp. 167 y ss.) es otro de los temas tratados por

el autor para explicar la más estrecha vinculación de la ciudad con la pampa, a la par que mejoraban los caminos, como en 1930, cuando se abrió la ruta Punta Arenas – Puerto Natales junto con la aparición de los empresarios del transporte terrestre. Fue un giro importante este paso de la vocación marítima a las actividades relacionadas con la tierra adentro, tránsito que Martinic había tratado en parte en “Los comienzos del transporte mecanizado terrestre en Magallanes (1900-1930)” (*Magallania*, Vol. 37, N° 1, 2009). La ciudad misma refleja algo de este cambio, pues de las calles comerciales vinculadas al puerto, como Errázuriz, Roca o Pedro Montt, se pasa a calle Bories, que testimonia la nueva relación con las estancias ganaderas y el surgimiento de numerosos oficios que nutrieron la vida cotidiana de la referida Bories. Más tarde un nuevo paso: la economía poli-productiva, en el contexto de la globalización que el autor sitúa entre 1981 y 2000.

Entre los muchos aspectos que hacen valioso este aporte importan el gobierno edilicio (pp. 175-184), lo adelantos urbanos (pp. 99-114), arte y cultura (pp. 247-272), momentos urbanos memorables (pp. 273-286) y lo que ha significado el aislamiento geográfico en el desenvolvimiento de esa ciudad (pp. 287-298). En todos estos temas el autor conserva su estilo sobrio, preciso y sin artificiales decoraciones. Pero es en el capítulo X: “Lo que el viento se llevó” (pp. 185-192) donde suelta la pluma y deja fluir su sensibilidad para recordar las pequeñas cosas del diario vivir de antaño. Su lectura, como decíamos más arriba, es un placer, porque nos muestra lo que era la existencia en aquellos años del trineo, del tren Mina Loreto, de los “chirimbolos”, de los pequeños vapores fleteros, de los “aserraderos ambulantes”, de los tiempos de la leña para la calefacción anterior al gas licuado, de los “canillitas” voceadores de diarios, del fotógrafo de la plaza con su cámara de cajón, de los vendedores ambulantes de “cachitos”. En fin, los años treinta y cuarenta reviven en este capítulo que junto con ser una añoranza permite descubrir una dimensión más íntima del autor.

Se sienten los aromas de esa atmósfera de pueblo y los ritmos de lo cotidiano. Martinic sabe hacerlo; tiene oficio, pues algo de Punta Arenas de los años de su infancia nos ofrece en su “A la hora del crepúsculo” o recuento de su vida productiva en su ciudad natal. Puede pasar de las frías precisiones estadísticas a los recuerdos más sentidos en una forma que linda con la poesía; una licencia que se da el autor y que hace tan grata la lectura. Recoge aromas, colores, sonidos como el rodar de los carros

sobre la calzada, el silbido del viento, los pitazos de los vapores, el ulular de la sirena de incendio o el lenguaje de las campanas de la iglesia. Todo esto que era diario y que hoy resulta tan distante, le parece que eran sonidos que no se pueden disociar del ambiente urbano, de sus calles empedradas, del vestir de su gente en el pueblo todavía pequeño y aislado.

La historia de Punta Arenas ha sido “intramuros”; el aislamiento ha marcado la psiquis y la ha definido como “mundo aparte” en el imaginario chileno; ciudad distante de la humana correspondencia con sus congéneres nacionales en tiempos más lentos como eran los años del vapor. Algunas miradas foráneas repararon precisamente en este enclaustramiento que parecía verse en los rostros y las expresiones de la gente, en la sociabilidad de clubes encasillada en círculos entre iguales. La ciudad misma daba la impresión de “lugar cercado” y de “vida transitoria”, como dice la antropóloga francesa Annette Laming en 1953 (*Patagonia, confín del mundo*), y que Martinic no comparte, porque teniendo un fondo de verdad, le parece que la francesa tiene una mirada extrema, desfavorable, incluso de rechazo a esa vida aparte y estrechez vital de Punta Arenas.

En resumen: es un excelente libro que debería tener seguidores para estudiar otras ciudades chilenas, como lo ha hecho Gabriel Guarda O.S.B. para Valdivia, o los ya lejanos Sayago para Copiapó y René León Echaiz en su Historia de Curicó. Al hacer un balance de cien años, Martinic juzga el período como “favorable y aleccionador”, tomando en cuenta su situación geográfica en el confín del mundo y los desafíos que entrañaba para el colono. Martinic dice de estos primeros pobladores que desbrozaron el camino: “poblar acomodándose al espacio que se ha ocupado, con más de mezquino que de generoso califica al fenómeno como una auténtica gesta digna por tanto de ser recordada para la posteridad por su sentido épico”. Con razón lo cree un “fenómeno notable”.

Rodolfo Urbina B.

EL RUMBO SECRETO DE LAS BALLENAS. Por Mauricio Massone Mezzano. Ediciones de la Universidad de Magallanes. 16 x 24,5 cms. 146 págs. Ilustraciones. Punta Arenas, 2013.

Tenemos en las manos una obra que de primera sorprende. Ballenas, sélnam, guerra (paz) y trascendencia. ¿Qué relación pueden tener entre sí estos conceptos? ¿Cómo puede relacionárselos

con sentido coherente en un escrito que es una suma de reflexiones hechas durante una prolongada secuencia de trabajo arqueológico?

Es lo que intenta Mauricio Massone en este libro y que pese a lo arduo del propósito consigue finalmente: *transitar por el misterio de la existencia para buscar el sentido del universo*.

Debí leerlo dos, veces dejando un lapso prudente entre la primera y la segunda vez, para aproximarme siquiera a la profundidad del pensamiento del autor y tratar de escribir una presentación como se la merecen él y su obra.

Me ha gustado lo escrito en forma de apuntes breves -“cuadros” los llama Massone-, en apariencia más inconexos que conexos pero que se hayan bien hilados. El texto revela la riqueza del pensamiento y la frescura del escrito espontáneo que logran asociar acertadamente lo contingente con lo trascendente.

¿Quién es Mauricio Massone, cabe preguntarse en el curso de la lectura? ¿Un arqueólogo experimentado, un filósofo o un naturalista, un poeta, un cronista de viajes y trabajos en terreno o un escritor de evocaciones? Pues es todo eso en un inextricable amasijo que revela lo polifacético de su talento a la manera que lo tenían los antiguos sabios. Es también un humanista que disfruta al escribir porque hacerlo... *es una de las cosas de la vida que más quiero... el arte de poner las palabras en el papel* (¡Qué bien lo hace!) *Es una forma de expresión que siempre me ha atraído profundamente. Aquel instante íntimo, sin apremio, en el cual uno se encuentra consigo mismo y desde esa intimidad comienza a colocar las palabras que surgen de la meditación y la quietud.*

El fruto es un libro diferente, convengamos, pero sugerente por su contenido y grato de leer por su lenguaje y estilo. Lo primero porque da cuenta con sencilla propiedad de sus trabajos profesionales referidos a la comprensión del remoto pasado humano en la Tierra del Fuego, incluyendo las experiencias de viaje, combinándolos hábilmente con reflexiones que de pronto parecen divagaciones, pero siempre atinadas y siguiendo un invisible hilo conductor (las ballenas). El texto, es claro, comienza, transcurre y concluye con la referencia a tan específico quehacer científico-humanista en procura de información que permita entender la relación que pudo darse entre los sélknam y los cetáceos, relación en la que se intercalan referencias míticas propias de aquella admirable etnia fueguina o reflexiones (que a veces

van por separado) que son pertinentes y otras que pareciendo no serlo sí guardan relación con la materia según se avanza en la lectura.

Destacamos de entre sus “cuadros” dos síntesis interpretativas cabales como son el análisis de la generación de los años de 1960 -en la que se sitúa el autor- y su valorable y bien lograda reflexión sobre la realidad del mundo en que vivimos, esto es, sobre la globalización que nos afecta negativamente (*“Hacia una nueva forma de pensar”*), complementada luego con una suerte de continuación en la que se plantea el pensamiento recurrente del autor sobre la bondad y la necesidad de la paz como desiderátum de la humanidad. Es, en este aspecto, un libro que abunda en la consideración de los matices de tan trascendente concepto, en especial en un tiempo como el actual en el que el humanismo aparece jaqueado y perimido frente al tecnologismo.

En el segundo aspecto debe apreciarse el dominio, la riqueza y plasticidad del idioma, cosa importante de constatar en los días que corren cuando el mal uso y la pobreza del lenguaje son característicos del común, situación de la que no escapan los intelectuales como si se tratara de una epidemia. Escribe como piensa el autor, a la manera de los hombres cultos y espiritualmente amplios de antaño. Describe con vivacidad sus experiencias con la naturaleza, aspecto en el que a manera ejemplar mencionamos su reflexión sobre el viento -el más agobiante de los meteoros australes- al que con indulgencia comprensiva describe como obra de ángeles juguetones... Su talento para evocar imágenes y situaciones se muestra magistralmente cuando describe el retorno al hogar de su padre desmovilizado de guerra (*“Bocanadas de humo”*). Lo encuentro tan vívido y veraz que me parece estar viendo una de esas estupendas películas italianas de la postguerra con sus características escenas dramáticas ¡admirable!

Al cabo de una lectura que estimula y reconforta, en cuyo ejercicio el libro puede dejarse y retomarse sin problemas, se conviene con el autor en que *escribir (y leer) ayuda a disfrutar el misterio de la vida*.

Parece necesario, por la propiedad, concluir tomando, o mejor retomando parte de sus palabras. Primero en lo que toca al porqué de un libro tan singular, con su hermosa metáfora que lo precisa y sintetiza: *La arqueología como herramienta para conocer el pasado y reflexionar sobre él, ha sido el casco de esta embarcación. La emoción ha puesto el timón y las ballenas se adueñan de*

las velas. Así comenzó un derrotero sinuoso que exploró en secreto distintos rincones del reloj del mundo.

Mauricio Massone ha logrado muy bien lo que alguna vez se propuso, esto es, *establecer un puente desde la arqueología hacia la literatura* y demostrar que una obra escrita *conduce al rescate del individuo y sus pensamientos*, porque... *el misterio de la vida está lleno de tesoros escondidos en nuestro interior, a la espera que los descubramos y escribir ayuda a disfrutar este misterio.*

Mateo Martinic B.

CUEVA DEL MILODÓN. PUBLICACIONES DESDE 1899 A 1996. Alfredo Prieto Editor General. Ediciones de la Universidad de Magallanes. 18 x 25 cms. 318 págs. Ilustraciones y mapas. Punta Arenas, 2013.

La colección de trabajos publicados sobre la Cueva del Milodón es una adición importantísima a la biblioteca de los investigadores del Pleistoceno. No solo debido a que esta cueva es uno de los principales repositorios mundiales de información acerca de los últimos años del Pleistoceno, sino también porque las investigaciones más recientes realizadas en la cueva requieren constantemente acudir a los viejos trabajos. Esta compilación, realizada por Alfredo Prieto, incluye trabajos publicados a lo largo de 97 años en seis países. Personalmente quiero destacar que esta publicación permite el acceso a clásicos atemporales como los producidos por Erland Nordenskjöld, Rodolfo Hauthal o Robert Lehmann-Nitsche. A pesar de que se encuentran entre los trabajos más viejos acerca de la cueva, la calidad de la información y su claridad hacen siempre redituable su consulta. Como investigadora abocada al estudio de esta cueva, dentro de un marco comparativo con el de muchos otros sitios de la región, me encuentro constantemente consultando estas obras. El trabajo de Nordenskjöld se destaca especialmente, debido a que puede considerarse que este temprano excavador dio con la clave acerca de los principales eventos que acumularon los depósitos de la cueva. Otro logro de este libro es incluir trabajos muy poco conocidos y de rara consulta, como los de Rudolfo Philippi, Martin Gusinde o Marcial Cordovez. Por otra parte, el conocido y detallado trabajo de Joseph Emperaire y Annette Laming de 1954 aparece traducido por primera vez al español.

Considerando la obra en su conjunto, incluye

un capítulo introductorio de Mateo Martinic donde describe y sintetiza la historia de las investigaciones realizadas hasta el año 1996 en Cueva del Milodón. A continuación se presentan los trabajos en orden cronológico respecto al año de publicación. Muchos de estos informan acerca de las principales excavaciones que fueron realizadas con propósitos científicos (Nordenskjöld, Hauthal, Emperaire & Laming, Saxon y Borrero et al.). Estos trabajos tienen un valor informativo sumamente importante dado que describen las actividades allí realizadas. La primera excavación efectuada por Erland Nordenskjöld produjo una publicación de calidad excepcional. Las observaciones y conclusiones a las que arribó este autor -que Cueva del Milodón fue principalmente una madriguera de milodones, así como las determinaciones específicas y descripciones generales del estado de los huesos recuperados - continúan vigentes y siguen siendo el fundamento sobre el cual todo nuevo conocimiento deberá basarse. Lamentablemente la descripción de Hauthal sobre sus actividades realizadas en la cueva tiene un carácter más general, sin embargo estas observaciones se enriquecieron con las descripciones que posteriormente realizaron Lehmann-Nitsche y Roth. La interpretación de Hauthal acerca de la domesticación de *Myloodon* -con el tiempo reducida a una hipótesis de caza o carroñeo de ese animal-, siempre en contrastante con la de Nordenskjöld, generó una fuerte polémica que llevó al desarrollo de la mayoría de las investigaciones arqueológicas modernas (Emperaire & Laming, Saxon y Borrero). Estos últimos son los que mejor informan acerca de los sectores muestreados y de los contextos de recuperación de los restos. La visita de Junius Bird generó una pequeña muestra de materiales, con los cuales se obtuvieron los primeros fechados radiocarbónicos para el sitio. Otros trabajos incluidos en esta compilación presentan estudios detallados de los materiales recuperados, tanto colecciones completas (Nordenskjöld, Roth, Lehmann-Nitsche) como muestras seleccionadas (Moreno, Smith-Woodward y Philippi). Todos estos trabajos también son obligatorios para cualquier nuevo conocimiento que se quiera generar. Otros capítulos informan acerca de visitas esporádicas a la cueva realizadas a comienzos del siglo XX (Marcial Cordovez y Martin Gusinde) las que dan cuenta acerca del estado de la cueva tras las excavaciones realizadas con un objetivo comercial y sobre las que la información es escasa. Los trabajos de reevaluación de Saxon y de Borrero

y colaboradores inauguraron una nueva era al registrar hallazgos contextuales que posteriormente fueron datados. Tras tantas publicaciones o listas de fechados sin contexto, este fue un cambio crucial para la comprensión de la historia formacional del sitio. Finalmente, se incluye el trabajo de Wellman que informa acerca de la formación de la cueva. Al respecto, este es el único trabajo geológico que se realizó dentro de la cueva hasta la publicación de este libro.

Hay dos trabajos que se extrañan dentro de la lista de los que fueron incluidos en este volumen, el de Einar Lönnberg de 1899 que describe los primeros restos colectados por Otto Nordenskjöld en 1896 en la cueva y el de Luis A. Borrero de 1999 que analiza la procedencia de las muestras utilizadas por distintos investigadores para realizar fechados radiocarbónicos. Asimismo, se echan de menos algunas omisiones en la lista bibliográfica, la que se presenta en forma de compilación al final del libro. También se lamenta la ausencia de las ilustraciones correspondientes a los trabajos de Gusinde o de Empeiraire y Laming,

o algunos errores en las citas de los trabajos publicados. Por ejemplo, se atribuye el libro de Junius Bird al año 1945 en lugar de 1988 (o el año de publicación de la traducción al español, que es 1993), o los trabajos “Nuevos restos de mamíferos de la caverna Eberhard en Última Esperanza” de Santiago Roth y “Nuevos objetos de industria humana ...” de Robert Lehmann-Nitsche atribuidos a 1902 en lugar de 1904. Estos errores en una compilación destinada ser usada como fuente de referencia pueden generar ulteriores citas erróneas.

Digamos para finalizar, que el papel de este libro en la difusión del conocimiento acerca de los resultados de tantos años de investigaciones en un mismo sitio, en particular uno tan atractivo como la Cueva del Milodón, es importante. El milodón es parte aún activa de la historia de Última Esperanza y este volumen reúne la dispersa historia de su descubrimiento y estudio.

Fabiana M. Martin